

Novela creada por
BILL ADLER
y escrita por
THOMAS CHASTAIN

QUIEN MATO A LOS ROBINS



En su momento, la editorial publicó una serie de historias de misterio, homicidios y detectives, seguida de esta novela sin solución. Es decir, al terminarla, los lectores no conocían la identidad del asesino / de los asesinos, ni porqué, cómo, cuándo o dónde habían ocurrido los hechos. La idea, aparentemente, era que después de haber leído las historias anteriores, los lectores podrían aplicar sus habilidades deductivas y llegar a la solución, igual que los detectives de las novelas. Quien lo hiciera ganaría una suma de dinero como premio. Las soluciones se publicarían en la prensa.

NOTA DE LOS AUTORES

El misterio que envuelve los asesinatos de la familia Robins (y dónde, cuándo, por qué y cómo murieron) es, como ocurre en todos los casos de muerte violenta, más un rompecabezas que cualquier otra cosa. Ni que decir tiene que hay más piezas que las que encajan en el rompecabezas, pero todas las *que encajan* están incluidas en el relato de las circunstancias en que se produjeron las muertes.

Una regla inmutable en la construcción de los rompecabezas es que su solución no resulte excesivamente fácil. Esta regla ha de cumplirse con especial rigor cuando se trata de misteriosas muertes de ficción en las que las palabras, que nos ponen en el buen camino o nos desvían de él a través de la trama, hacen de piezas del rompecabezas. Hay que separar, pues, todos los datos que se aportan, descartar los que no encajan con otros y, por ello, nada añaden a la solución lógica de los misterios, y acoplar los que realmente se acoplan bien.

Como sabe todo lector aficionado al género policíaco, las obras de este tipo son, en esencia, variaciones de un modelo establecido de antiguo: desde el asesinato en una habitación cerrada por dentro hasta la acumulación de pistas falsas. Jugará con ventaja quien tenga esto presente y sepa recoger los ecos de algunas novelas policíacas anteriores y las referencias que se hacen a ellas.

Diremos, finalmente, que *no todos los datos* que se precisan para resolver el misterio de quién mató a los Ocho

miembros de la familia Robins (y dónde, cuándo, por qué y cómo murieron) se encuentran en estas páginas. Pero sí están las pistas que conducirán a obtener dicha información.

En consecuencia, el lector no podrá decir como muchos personajes de más de una novela de la época romántica: «¡Ay, si hubiera sabido...!».

Bill Adler
Thomas Chastain
Nueva York

PERSONAJES

(por orden de aparición)

TYLER ROBINS: El patriarca de la familia; presidente del Consejo y director gerente de Robins Cosmetics, empresa multimillonaria propiedad de la familia.

EVELYN ROBINS: Esposa de Tyler, casada con él hace cuarenta años; supervisa los bienes del matrimonio, incluidos la finca Greenlawn, en Maryland, y sus seis hijos.

MARSHALL ROBINS: El hijo mayor. Tras el nacimiento de su hija se separó de su mujer, Pamela. Ha supuesto siempre un desencanto para su padre, su gran decepción.

LIBBY (ROBINS) PITTMAN: La mayor de las hijas. Trabaja en el laboratorio de Robins Cosmetics en Nueva Jersey. Casada con George Pittman.

LEWIS ROBINS: Soltero. Trabaja en Robins Cosmetics de Toronto y en la sede de Nueva York, lo que le obliga a trasladarse continuamente de una ciudad a otra.

JAMES ROBINS: Cuenta 26 años de edad y es el menor de los hijos varones. Trabaja en las oficinas de Robins Cosmetics en París y está casado con Geneviève, una belleza francesa.

LAS GEMELAS:

CYNTHIA ROBINS: Vive con su hermana gemela en Londres; ambas trabajan en Robins Cosmetics. Solteras. Tienen 23 años y son los vástagos menores del matrimonio Robins.

CANDACE ROBINS: Inseparable de su hermana durante toda su vida; es una reproducción exacta de ella, con la única excepción de un diminuto lunar que tiene en la mejilla izquierda.

ALFRED WALES: Mayordomo de la familia Robins.

DORINA WALES: Esposa del anterior; cocinera y ama de llaves de la familia Robins.

PAMELA ROBINS: Esposa de Marshall y madre de su hija.

PHILLIP WINGATE: Vive en Londres; ha cautivado a Cynthia.

JANICE ELGAR: Invitado al desafortunado crucero emprendido por ciertos miembros de la familia Robins.

PAUL BRYCE: Invitado al mismo crucero; hombre de negocios, competidor de Tyler Robins.

DOCTOR JOHN FORBES: Antiguo novio de Evelyn; en la actualidad, médico de la familia Robins.

IAN SHEFFIELD: Capitán del yate propiedad de la familia Robins, *el Falconer*.

PERCIVAL: Mayordomo a bordo del *Falconer*.

ARTURO: Cocinero a bordo del *Falconer*.

JULIÁN SHIELDS: Abogado, amigo íntimo de la familia Robins. Se ocupa de sus asuntos jurídicos.

B. J. GRIEG: Investigador privado de Manhattan.

GEORGE PITTMAN: Marido de Libby; diseñador de envases en Robins Cosmetics.

GENEVIÉVE ROBINS: Esposa de James; espera su primer hijo.

AVA WINGATE: Vive en Londres; hermana [sic] de Phillip.

SARGENTO HORGAN: De la división de homicidios de la policía de Maryland.

STEVE BOLAND: Inglés, obsesionado con Cynthia.

LENA BRAM: Espiritista; dirige sesiones de espiritismo en Londres.

HENRY FOWLES: Investigador privado de Londres.

ROBERT CONVINGTON: Inspector de Nueva Scotland Yard, en Londres.

MARGARET CARMODY: Doncella en la casa de George Pittman en Nueva Jersey.

WILLIAM RAYLOR: Detective de homicidios de la policía de Nueva Jersey.

ERNEST TRUAX: Trabaja en el Departamento de desarrollo de nuevos productos de Robins Cosmetics.

AGNES ELLSWORTH: Solterona; vecina del matrimonio Pittman en Nueva Jersey.

TONY SPADUA: Ladrón; detenido por la policía de Nueva Jersey.

JOACHIM: Mago; tiene una extraordinaria habilidad; nació sordo.

GENET: Joven eurasiática que ayuda a Joachim en sus experimentos de magia.

CAPITÁN WALTHAM: Jefe de la división de homicidios de la policía de Maryland.

PRÓLOGO

Debemos advertir, para quienes buscan un hilo conductor que enlace la extraña serie de asesinatos de los ocho miembros de la familia Robins, que no lo hay. El hecho de que se trate de una familia inmensamente rica es sólo un factor casual en la cadena de acontecimientos.

La última vez que se les vio juntos en vida fue un día de principios de verano. Se reunieron en Greenlawn, la extensa finca familiar situada en el valle Green Spring, de Maryland.

Ese día, desde primeras horas fueron llegando los seis vástagos de la familia, tres hombres y otras tantas mujeres. Unos procedían de lugares cercanos y otros venían de remotas ciudades; a todos les unía el deseo de celebrar el cuadragésimo aniversario de la boda de sus padres, Tyler y Evelyn Robins. Algunos estaban casados y, uno de ellos, Marshall, tenía una hija, pero la tradición familiar exigía que en determinadas reuniones, como ésta, sólo participaran los ocho.

Tyler Robins, que contaba a la sazón sesenta y un años aunque representaba seis u ocho menos, era un hombre fornido, robusto, de modales autoritarios y vigorosos. Presidente y director gerente de Robins Cosmetics, empresa familiar valorada en muchos millones de dólares, había sabido colocar a ésta entre las veinte primeras de la lista de las quinientas empresas más importantes publicada por *Fortune*, y sus oficinas estaban repartidas por todo el mundo. La

sede central se hallaba en Nueva York, donde Tyler y Evelyn tenían una mansión en la calle 50 Este, Manhattan.

Tyler Robins



Evelyn Robins

Evelyn Robins, mujer distinguida y esbelta, era dos años menor que su marido y seguía atrayendo las miradas masculinas. Antes de conocer a su esposo Alimentaba la romántica esperanza de convertirse en poetisa o novelista. Hacía tiempo que había abandonado sus sueños, pero, llevada de su afición, escribía un diario personal. La página correspondiente al día de la reunión decía lo siguiente:

«Están aquí todos los chicos. Es curioso que, cuando vuelvo a verles tras una larga separación, siempre me suce-

da lo mismo: después de observarles cuidadosamente lle-
go a la conclusión de que, en efecto, se parecen mucho a
Tyler y a mí. Sin embargo, en la misma medida me resultan
extraños, como si se hubieran desvanecido tiempo atrás
aquellos niños que crié y a los que conocía tan bien; el en-
cantador Marshall; el inquieto James; Lewis, el solemne; Li-
bby, siempre tan seria, y las dos adorables gemelas, tan
iguales, Cynthia y Candace. Aunque suene a extravagancia,
parece como si sus nombres hubieran sido adoptados por
unos impostores adultos: tal me parecen los que están hoy
aquí. Me pregunto si otros padres pensarán lo mismo de
sus hijos cuando son mayores. ¿Pensará Tyler igual? Me
gustaría preguntárselo, pero mejor será que no lo haga.
Pensaría que es una insensatez por mi parte...».

«La riqueza», solía advertir Tyler a sus hijos, «no os hace
mejores que los que no la poseen... salvo que seáis capa-
ces de demostrar que lo sois, y eso espero que tratéis de
hacer siempre».

Para lograrlo, Tyler se preocupó de que sus seis hijos tu-
vieran la educación más cara, ya que no siempre la mejor,
que su dinero podía permitirle. Al terminar sus respectivos
estudios, cada uno de ellos pasó a ocupar un puesto en Ro-
bins Cosmetics, y en ocasiones procuró deliberadamente
que se enfrentaran entre sí para ver quién demostraba más
capacidad para sucederle cuando se retirara.



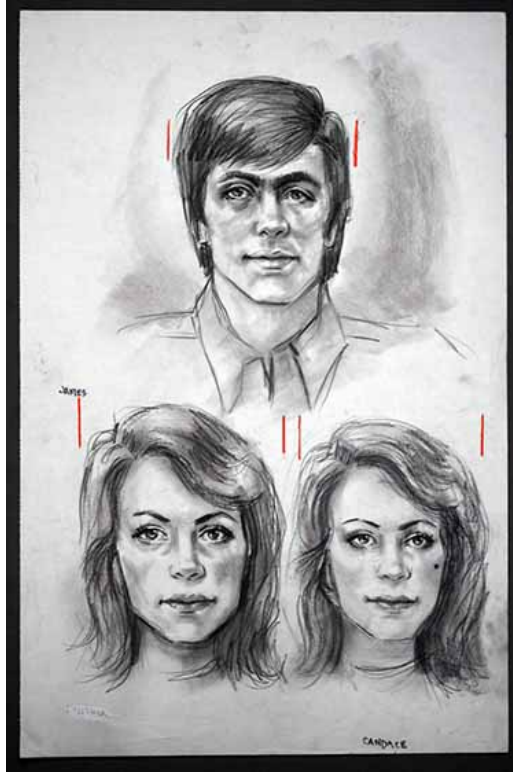
Libby, Marshall, Lewis

Marshall, el primogénito, de treinta y cuatro años de edad, había sido su gran decepción. Aunque, por una burla del destino, era, entre todos sus hermanos, el que más se parecía a su progenitor, le faltaban el ímpetu, la ambición y la sagacidad de éste. Permaneció soltero hasta que cumplió la treintena. Cuando eligió a la que habría de ser su mujer, su padre aprobó la decisión; en realidad él mismo les había presentado. El matrimonio fue efímero: poco después del nacimiento de su hija, a los dos años de unión, Marshall y Pamela decidieron separarse. Él trabajaba en la sede central de la compañía en Nueva York y pidió el traslado a otro sitio hasta que Pamela y él decidieran si se divorciaban o no. Tyler le nombró director de la oficina de Robins Cosmetics en Los Ángeles.

Libby, la hija mayor de los Robins, dos años menor que Marshall, trabajaba en el laboratorio de la firma en Mercer County, Nueva Jersey, y se ocupaba del desarrollo de nuevos productos. Tenía mucho del distinguido atractivo de su madre. Estaba casada con un diseñador de envases que trabajaba también en el laboratorio y el matrimonio marchaba bien. Libby y su esposo, George Pittman, vivían en una gran casa de estilo colonial en Princeton, Nueva Jersey. No tenían hijos.

El segundo hijo de Tyler y Evelyn, Lewis, contaba treinta y un años de edad y seguía soltero. Licenciado en Ciencias y en Química, trabajaba en las oficinas de la compañía en Toronto tres días a la semana, y en Nueva York los dos restantes, por lo que viajaba continuamente entre ambas ciudades. Hombre tranquilo e incansable trabajador, tan esbelto como su madre, llevaba una vida más solitaria que los restantes miembros de la ajetreada familia. Ni sus padres ni sus bienintencionados amigos conseguían llevar adelante sus planes casamenteros, ante los que mostraba irreductible resistencia.

El benjamín de los hijos varones, James, contaba veintiséis años cuando se celebró la reunión de Maryland; la personalidad enérgica y agresiva de su padre encontraba mejor reflejo en él que en sus hermanos. Por añadidura, tenía un carácter impulsivo, impaciente, que Tyler confiaba se atemperaría con el paso del tiempo. No intentó, sin embargo, disuadirle en las múltiples ocasiones en que James pidió ser trasladado de una oficina de Robins Cosmetics a otra, hasta el extremo de que, en el plazo de un año, llegó a trabajar en seis distintas. La razón de la inquietud que le acosaba por aquel entonces y que, de ser sabida por su padre, habría dado lugar a la desheredación, era un asunto de faldas: sus relaciones con Carrie, la hija de Alfred y Dorina Wales, pareja que trabajaba con la familia (como mayordomo y ama de llaves, respectivamente) desde la boda de Tyler y Evelyn. Carrie y él habían crecido juntos, tuvieron relaciones y ella abandonó Greenlawn antes de que naciera el fruto de las mismas. Sólo Alfred, Dorina y Evelyn (que se ocupó de asegurar el bienestar económico de la chica) tenían conocimiento de lo sucedido. El mayordomo y su mujer guardaron silencio; no les quedaba otra opción. Cabe en lo posible, sin embargo, que tuvieran la secreta esperanza de verles casados algún día.



James, Cynthia, Candace

En los dos últimos años, James había prestado sus servicios en las oficinas de Robins Cosmetics en París. Hombre moreno y nervioso, se había casado con Geneviève, una belleza francesa de veinte años recién cumplidos. Esperaban su primer hijo para finales de año.

Los últimos miembros de la familia Robins eran las gemelas, Cynthia y Candace, dos guapas chicas de veintitrés años de edad, copia fiel una de otra e inseparables toda su vida. Salvo por el diminuto lunar que Candace tenía en la mejilla izquierda, habría sido casi imposible diferenciarlas. Vivían juntas en un piso londinense y trabajaban en las oficinas británicas de Robins Cosmetics: Cynthia en publicidad, y Candace en relaciones públicas.

A Tyler Robins le encantaba representar el papel de hacendado cuando visitaba Greenlawn. Aquel día estival madrugó, se embutió el pantalón de montar, calzó botas altas y salió a inspeccionar las tierras, los establos, las pistas de tenis y la piscina.

Cuando los ocho miembros de la familia estuvieron reunidos, recorrieron a caballo las suaves colinas de la lima, jugaron al tenis y chapotearon en el agua.

Por la noche, en la sobremesa, los hijos brindaron con champán por la felicidad de Tyler y Evelyn; Alfred, el mayordomo, las dos chicas que servían la mesa, y Dorina, el ama de llaves que dejó sus tareas para unirse a ellos, aplaudieron cortésmente. Durante la cena, la agradable conversación se había centrado en el largo crucero que Tyler y Evelyn proyectaban emprender la semana siguiente en el yate de la familia. Marshall y las gemelas irían con ellos, junto con otros invitados.

El primer asesinato de la serie de ocho que había de acabar con la familia Robins iba a producirse en dicho crucero.